

REDOBLE DE CAMPANAS.

(CUENTO)

1

Aquella tarde nadie había llevado balón, por lo que los niños no pudieron organizar el acostumbrado partido. Se iban reuniendo en grupos a medida que llegaban, rompiendo con el alegre bullicio de sus juegos el monótono silencio de la siesta. Bromeaban entre ellos, dejando pasar el tiempo, hasta que llegase la hora de comenzar la clase. De pronto, alguien dio el grito de guerra y, sin establecer previamente los bandos, comenzaron a jugar al pillado. Descuidados, ocupaban el ancho de la calle, perseguidos y perseguidores. Los escasos vehículos que circulaban a esa hora por la calzada, debían aguardar a que la chiquillada se abriera como un mar Rojo y les permitiera el paso, volviéndose a cerrar tras ellos. Ante el peligro de ser atropellados por algún automóvil, se desplazaron, sin detener su juego, movidos como por un impulso colectivo, a una calle transversal, pavimentada de cemento, y que, en otro tiempo, había sido utilizada como pista de baile en las verbenas, durante las fiestas del pueblo. Era ésta una calle de poco tránsito y que parecía aislada del resto del mundo. Allí continuó por largo rato la batalla.

Era otoño. Por encima de las tapias de las viejas escuelas se veían las copas de los altos árboles que comenzaban a pelarse. Algunas hojas secas habían caído fuera y salpicaban el pavimento gris de la calle de un color verdoso pálido. El sol mostraba su faz amarillenta y sus débiles rayos ponían una inamovible templanza en el ambiente. Luis detuvo por un momento su carrera y sintió palpar fuertemente su corazón en el pecho. Miró el desvaído azul del cielo y vio algunas nubes dispersas que parecían hechas con la piel de un borreguillo. Cuando hubo recuperado el aliento, y una vez que cesó el repiqueteo de la sangre en sus sienes, reanudó de nuevo la carrera. La pista parecía un hormiguero, donde los muchachos corrían desordenadamente, chocaban entre sí y se caían, levantándose viejas costras que volvían a sangrar.

Comenzaban a pasar, en pequeños grupos, los que estudiaban en la escuela pública. Los chiquillos que jugaban, se burlaban de ellos, y Luis pensó que era una suerte ir a la escuela

de don Cosme, porque entraban media hora más tarde, lo que les permitía prolongar sus juegos hasta las tres y media.

Después de que hubieron pasado los últimos rezagados de la escuela nacional, Gregorio, uno de los mayores, que rondaría los 12 o 13 años, pero que a Luis le parecía aún mayor, por el bozo que apuntaba ya en su bigote, comenzó a lanzar indiscriminadamente piedras a los demás: "A pedrea, a pedrea", gritaba, y arremetía contra quien se le pusiese al alcance. Luis no encontraba nada arrojadizo con que defenderse. Estaba situado justo en el centro de la pista, y allí el cemento formaba una masa compacta, solamente surcado por algunas rajadas. Absorto como estaba, las piedras que le pasaban silbando, accionaron como un resorte en su interior y comenzó la búsqueda frenética de algo que lanzar.

En los bordes de la pista, el cemento había comenzado a desgastarse y en él se abrían como pequeños cráteres de los que Luis cogió algunas chinillas que tiró, sin fortuna, a los que ocasionalmente pasaban por allí corriendo.

Dos personas adultas, una mujer y una anciana, penetraron inesperadamente en el campo de batalla, caminando confiadamente por la acera, hasta que alguna piedra perdida les pasó rozando y a gritos comenzaron a reñir a los niños. Ellos detuvieron momentáneamente la batalla, para luego continuarla, impasibles a la regañina. La mujer, que debió de conocer a alguno de los mayores, lo amenazó con decírselo a sus padres, y, éste, asustado, contagió de su miedo a los demás, que comenzaron a huir en desbandada por ambos lados de la calle.

Luis, obstinado en buscar algo que mereciera la pena arrojar, continuó durante algunos instantes escarbando en el cemento hasta que consiguió extraer de aquella indómita cantera una masa plana del tamaño de una moneda de cinco pesetas. Satisfecho por su logro, apuntó a uno de los que venían corriendo en busca de la salida de la pista, al tiempo que él mismo emprendía la huida, sin comprender muy bien lo que pasaba; tiró la piedra con tan buena puntería que esta fue a golpear justamente la sien del muchacho, que se desplomó sobre el duro suelo. A Luis apenas le dio tiempo de oír el golpe hueco de la piedra y a ver cómo el que había sido golpeado iba cayendo lenta, pesadamente al suelo. Arrastrado en la fuga por los demás, Luis torció la esquina que conducía a la calle

principal, y, entonces ya fuera de peligro, volvió la cabeza, comprobando que el muchacho al que había golpeado con la piedra no venía. Miró, casi acongojado, hacia delante, por si éste hubiera pasado, pero no lo vio. Apenas si lo conocía porque llevaban los dos llevaban muy poco tiempo en la escuela, y, en el fragor de la lucha, casi no se había fijado en sus facciones, de manera que entre los que aún pasaban corriendo, aunque ya más lentamente, le resultaba difícil reconocerlo.

Estuvo parado un rato en la acera sin saber qué hacer, esperando a que pasara el muchacho. Mientras pensaba en volver a la calle donde había tenido lugar la pedrea, llegó Gregorio, que venía rezagado y que debía de haber visto lo ocurrido y se detuvo junto a él. Luis le preguntó si había visto al chico al que le había dado con la piedra en la cabeza a lo que éste le contestó: "Lo has matado. Está tumbado en la pista", y continuó corriendo. A Luis le recorrió un escalofrío por la espalda, las gotas de sudor que caían de su pelo se tornaron frías y las sienes comenzaron a latirle fuertemente. "Lo he matado", pensó, y, al instante, echó a correr hacia la pista. Esperaba encontrarse allí, tumbado en grotesca posición, a su víctima; pero, al torcer la esquina, halló la calle desierta, el pavimento gris de la pista cubierto de chinias, el lugar de la batalla con sus despojos, pero no había nadie. Luis miraba perplejo: "Ya se lo han llevado", pensó, y, confuso, mirando al suelo, comenzó a caminar en dirección opuesta, hacia su casa, aislado de todo lo que le rodeaba, olvidando por completo que eran ya las tres y media pasadas y que don Cosme castigaba severamente a los que hacían novillos.

2

El cielo estaba despejado y la tarde tibia. Algunos transeúntes paseaban sin prisas por las aceras, recién levantados de una de las últimas siestas, que aún se prolongan, pasado ya el verano, antes de que el tiempo comience a refrescar definitivamente. Luis andaba despacio, con la cabeza gacha y ensimismado. Alguien, que de momento no reconoció, absorto como estaba, le preguntó que a dónde iba. Luis lo miró atónito, sorprendido, porque parecía haber olvidado el motivo de su anticipada vuelta a casa y esta pregunta le pareció incriminatoria. No contestó. Permaneció vacilante durante un momento y echó a correr como un alma en

pena. Cruzó una calle asfaltada, que era la travesía de una carretera comarcal, casi sin mirar, jadeante en su carrera, y ya no se detuvo hasta que llegó, casi ahogándose, a su casa.

Por suerte la puerta estaba entornada como siempre, de modo que no tuvo que llamar, ahorrándose tener que dar explicaciones embarazosas acerca de su repentino regreso. Al entrar al zaguán sintió frío en sus brazos y desdobló las mangas de la camisa. Estaba oscuro y sus ojos tardaron un breve instante en acostumbrarse a esa tenue penumbra. Había entrado sigiloso, andando casi de puntillas para no delatar su presencia, y, después de haber dado unos pasos, se detuvo por si escuchaba algo: se oían ruidos lejanos en el corral. Caminó con cautela: su objetivo era alcanzar la escalera sin ser descubierto. Una vez allí, subió raudo, saltando los empinados peldaños atropelladamente, primero de dos en dos, luego de tres en tres, sin detenerse a contarlos como, en otras ocasiones de menos agitación interior, se complacía en hacer. Llegó al final de la escalera exhausto, ahogándose casi, y en el descansillo hizo un breve alto para recuperar el aliento. Levantó con suavidad el picaporte, empujó lentamente la puerta y se coló a hurtadillas en el cuarto que, en la parte superior de la vivienda de sus abuelos, hacía las veces de comedor, sala de estar y cocina al mismo tiempo. No había nadie.

De pie, en el centro de la sala, permaneció indeciso un instante, sin atreverse a recorrer las habitaciones contiguas que formaban la vivienda. Sin embargo, pudo comprobar que se hallaba en la más grande soledad que podía haber imaginado, sin que nadie pudiera informarle sobre qué había sido de aquel muchacho, cuyo rostro trataba de reconstruir ahora en su mente, mientras trepaba a una butaca a la que no conseguía subirse. Logró sentarse por fin, pero sus pies quedaron colgando a un palmo del suelo. Trató de distraerse balanceando sus piernas en el aire, pero su fantasía renovaba una y otra vez la imagen de aquel cuerpo cayendo pesadamente al suelo. El recuerdo se iba convirtiendo en obsesión, una obsesión que se parecía cada vez más a un remolino de agua que lo atraía hacia su centro, y él, igual que sucedía en sus sueños, primero se resistía, luchando desesperadamente con el agua, para, finalmente, dejarse arrastrar por aquella fuerza indómita, que parecía llevarle hacia lo irremediable, pero que, siempre terminaba despertándolo, inquieto

en la oscuridad de su cuarto y envuelto en sudor. Pero ahora no sucedía así. El gran remolino amenazaba con tragárselo.

De pronto, algo vino a sacarlo de aquella turbación en que estaba. Se vio temblando de pies a cabeza y sintió un sudor pegajoso en todo su cuerpo. En su regreso al mundo de lo real aún tuvo tiempo de oír, en la lejanía, la última campanada del reloj de la plaza que daba las cuatro. No podía asegurar si aquella sensación de sentirse arrastrado por un remolino lo había soñado o si era fruto de su imaginación; pero, ahora, aun con todo el cuerpo empapado, parecía recobrar la tranquilidad y el sosiego. Pensó que tal vez aquel muchacho al que había golpeado, se había ido por la otra salida de la calle y que él había sido víctima de un engaño por parte de aquel compañero mayor; y un agradable cosquilleo le recorrió el estómago y la sensación de estar en casa le agradó, mientras sus compañeros continuaban aún en clase, temblando ante la posibilidad de no saber contestar a alguna pregunta de don Cosme. Pero se oyó de nuevo una campanada lejana. Luis esperó a oír otras tres más, acompasadas. "El reloj de la plaza repite siempre las campanadas cuando da las horas", pensó. Pero aún tardó un breve instante en volverse a oír, ahora más nítida, una nueva campanada solitaria. Luis se extrañó: "No es la primera vez que el reloj se avería y da las campanadas tan separadas", se dijo, tratando de tranquilizarse. Pero una nueva campanada vino a sonar, distante y solitaria. A Luis le había parecido una eternidad el tiempo transcurrido entre una y otra. Las siguió contando: "Ya más de seis": evidentemente el reloj no repetía la hora. Trató de no pensar en lo que ya le parecía inevitable. Intentaba identificar en ese pausado toque el repicar de campanas llamando a misa, pero pronto desechó esa idea de su cabeza. No cabía duda de que las campanas estaban tocando a muerto. Ahora sí pudo reconocer nítidamente el doblar espaciado de las campanas llamando a tránsito.

3

Una terrible angustia se apoderó de él. Pronto sintió cómo el cuello y la espalda de la camisa, empapados en un sudor pegajoso, se le adherían al cuerpo, produciéndole una sensación desagradable. Seguían las campanas con su martilleo monótono; pero Luis no las escuchaba ya. Todo el mundo se reducía para él a

aquel rostro que no había podido fijar en su mente y que, por más que trataba de reconstruir ahora, no era más que un óvalo cualquiera desfigurado entre la niebla. Finalmente, agotado por la tensión, Luis se quedó adormilado.

El leve chasquido del picaporte vino a sacarlo de su sueño y su madre apareció tras la puerta, alegre como siempre. Luis vaciló un momento, extrañado de que no le preguntase, como otros días, nada acerca de la escuela. Y, murmurando apenas, con una voz que salió de su garganta como un hilillo, le preguntó que de dónde venía. Como su madre le respondiera que del entierro, volvió a preguntarle, tras un momento de indecisión, que quién se había muerto. "Una mujer vieja que tú no conoces". Y por más que su madre tratase de darle explicaciones, Luis no sabía de quién le hablaba; pero mientras ella seguía hablando, se iba sintiendo más ligero, como si le fueran quitando, poco a poco, un enorme peso de encima.

Comenzaba a anochecer.

(Alcázar de San Juan. Curso 1989-1990)

2

UN REGALO DE CUMPLEAÑOS (5ª cumpleaños)

(CUENTO)

José Luis es un niño rubio, muy guapo y muy bueno, al que quieren mucho sus abuelos, sus titos, sus primos y también su maestra doña Anselma; pero, sobre todo, su papá José Luis, su mamá Pili y sus hermanitas María y Conchi.

A José Luis le gustan mucho los animales: se pasa largos ratos escarbando en las macetas de su abuela Isabel, buscando caracoles y otro tipo de bichos. Por eso su abuelo José le regaló un perrillo para el día de su cumpleaños.

Cuando lo vio, se puso loco de contento y lo cogió entre sus brazos. No quería ni moverse por si le hacía daño. Era marrón, más oscuro en el lomo y más claro, casi blanco, por la barriga. Pero, cuando José Luis se cansa de acariciarlo, se pone a jugar con él y le hace daño y el perrillo gime como si fuera un niño pequeño.